

La humanización en la cultura

LUIS GOMEZ CANSECO
Dtor. en Filosofía y Letras

r de las páginas cervantinas no le incesante recurrencia de su pensamiento y otra vez, Cervantes nos ofrece hipótesis que atañen a lo más profunda existencia como hombres. Y las reflexivas de profundidad. Nunca personaje del QUIJOTE volviéndose para instruirle, y ni siquiera el de su privilegiada situación para morales. La reflexión nace siempre y surge envuelta en la casualidad. Parece que el autor pusiera entre los lectores el muro salvable de lo

lediada la segunda parte del QUIJOTE encaminó a su héroe hacia la esinos. Don Quijote adopta como primo, que lo era del licenciado Aza, aparecía tres capítulos antes. El versación entre el caballero y su modo más común:

En el camino preguntó don Quijote: "¿Qué género y calidad eran sus ejercicios, estudios; a lo que él respondió que su er humanista; sus ejercicios y estudios eran libros para dar a la estampa, todos lo y no menos entretenimiento para

asta ahí todo parece ir bien. Azumadidad, el primo no se detiene y su obra intelectual: un libro que

LE DE LAS LIBREAS", el "METAMORFOSIS ESPAÑOL... imitando a Ovidio" y, como elencia, un A VIRGILIO e trata de las cosas, que erudición y sus obras los sulta que el tenido el cluirse en el humanistas a como ofí- humanista otros para su

.....
¿Qué es un humanismo desligado del hombre?
Manierismo, agua de borrajas, nada. La realidad última y radical es la existencia. Y una existencia sin ideas es triste, pero ideas sin existencias ni siquiera es posible.

publicación. Todo el valor de sus libros consistía en el paso por la imprenta, sin atender a otros contenidos. Sancho, haciendo las veces de Sócrates rústico, propone al erudito una pregunta al hilo de sus libros: "¿Quién fue el primer volteador del mundo?". El primo aplaza la respuesta a la consulta de sus libros. Sin embargo, el escudero no dilata tanto y enseña a Lucifer cuando "vino volteando hasta los abismos". Don Quijote entonces censura la broma de su criado, que se defiende al punto:

-Calle, señor-respondió Sancho-: que a buena fe que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necesidades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

-Más has dicho, Sancho, de lo que sabes -dijo don Quijote-; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

Cervantes dirigía la puya hacia los eruditos de su época, los de la Contrarreforma, que habían perdido el norte del verdadero humanismo. Y el humanismo no es, como nos dicen los diccionarios, el cultivo y conocimiento de las letras humanas, sino el servicio que éstas prestan al hombre. El mal que entonces se apuntaba, se ha multiplicado y la consecuencia no es sino la existencia de dos formas de cultura, una propia para los humanistas, los intelectuales, y otra para los demás hombres. Imagino cuál sería la sorpresa de Shakespeare o Cervantes al com-

probar el reducido número y la extraña condición de sus lectores asiduos. ¿Quién en nuestro mundo común tiene el valor de sentarse con La tempestad o el Quijote en las manos? Antes bien, oiremos hablar de ellos como epítomes de la pesadez; el mismo acto de la lectura se considera apropiado para seres aburridos. Los intelectuales. Y no es culpa de los otros, de los habitantes del mundo real, sino de los posee-

dores de la cultura, que han ido estrangulando sus lazos de comunicación con la realidad.

La cultura, o con más exactitud, los intelectuales han perdido el único referente que les da verdadero sentido, la vida humana contemporánea. ¿Qué es un humanismo desligado del hombre? Manierismo, agua de borjas, nada. La realidad última y radical es la existencia. Y una existencia sin ideas es triste, pero ideas sin existencias ni siquiera son posibles. El ejercicio intelectual es una vocación, la vocación de mirar el mundo, de verlo, de cuestionar las cosas, deshacerlas, desentrañar y volverlas a construir. No como mero juego. El niño cuando rompe un juguete se limita a romperlo, no pretende entender su funcionamiento. El intelectual aspira a comprender y su comprensión nace de la crítica, del análisis. Al menos así debiera ser. La clave del problema reside en determinar el para qué de su crítica. En las ciencias aplicadas o aplicables (arquitectura, medicina, química o matemáticas) no hay dudas. Respecto a las humanidades, la cuestión se vuelve más peliajuda. ¿Para qué sirve la literatura? ¿Para qué sirve conocer la historia? ¿Qué utilidad tiene el arte? ¿De qué sirve leer? ¿Para qué vale un libro? Podría responder, pero lo cierto es que lo haría con vaguedades y generalizaciones. No lo sé. Pero desde luego un libro no tiene la misma utilidad que la penicilina. No cura de inmediato. Pensemos por un momento que algunas ideas como los derechos humanos o la igualdad entre

hombres y mujeres se propusieron por primera vez en Grecia, se recogieron en el Renacimiento y todavía están gestándose. No por ello las rechazamos. Algo deben de tener Safo, Catulo, Juan Ruiz o Garcilaso, cuando generaciones de hombres han vuelto sobre ellos. Algo ha de haber en la lectura, cuando se convierte en un hábito que acompaña indefectiblemente la vida del lector.

La primera misión del intelectual es trasladar su punto de mira hacia el hombre real. Para ello hay que desintelectualizar la cultura, no rebajarla, ni hacerla más chabacana. Por el con-

trando el interés que tiene para todos. Elevaríamos así el nivel de nuestras sociedades y vivificariamos un mundo intelectual que se devora a sí mismo, que publica libros sin lectores, que piensa ideas sobre ideas y que ha construido un muro de conocimientos que lo separa del mundo. Juan Luis Vives, acaso el pensador más fértil del periodo renacentista y cuyo único pecado fue escribir en latín, puso el dedo en la llaga y lo hizo hace ya casi cinco siglos. En su tratado *DE LAS DISCIPLINAS*, escribe:

La turba de estudiosos llama feliz y dorado al siglo en que hay mucha erudición. No es esto precisamente lo que hace feliz y dorado el siglo, sino lo otro, quiero decir, cuando los hombres doctos traducen a la realidad de la vida la doctrina que leyeron.

Traducir a la realidad de la vida la doctrina leída. La misión no es simple y las dificultades no son pocas. Para empezar, la sociedad se ha hecho coda vez más impermeable a la cultura; ha puesto sus ojos en valores más palpables y de utilidad más inmediata, sea el lucro, la belleza física, la televisión o el deporte. Por otro lado está la condición del ejercicio intelectual, necesariamente individual, inevitablemente contrario al pensamiento común, al adocenamiento, a la comunicación en masa. La imagen propia de la actividad mental es solidaria, a la sumo, un hombre y un libro o un maestro y sus discípulos. De ese modo, las relaciones entre una cultura y la sociedad que las

sustenta terminan por parecer paradójicas o incluso irresolubles. No es así. Como todo actividad humana, su equilibrio nace de su contradicción. Pensemos en el amor, que, al cabo, no es sino otro ejercicio intelectual. Si lo convertimos en platónico, deja de ser humano y termina no siendo amor. No hay amor si no hay persona a quien amar. Algo similar sucede con la cultura. Sólo perdura y se renueva cuando se humaniza, cuando toma conciencia de que sin el hombre, sin la existencia diaria, sin la vida contemporánea no es más que una arquitectura de vanida-